

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA VISUAL

Número 32 - Santiago, 2024 - 1/6 pp.- ISSN 2452-5189



De la Naturaleza a la Vitrina.

*Claudio Gay y el Gabinete de Historia Natural de Santiago*¹

Daniela Serra

Centro de Investigaciones Diego Barros Arana & Ed.- Universitaria, 2023

Diego Milos²

De la naturaleza a la vitrina es una de las mejores entradas al naturalismo científico del siglo XIX en Chile para cualquier lector o lectora, independientemente del conocimiento que tenga sobre el tema. Como dice el subtítulo del libro, se concentra en el caso del francés Claudio Gay, naturalista que abre las perspectivas tanto a la dimensión internacional y europea de las prácticas científicas de ese momento histórico, como al detalle de estas mismas prácticas en terreno, acá en Chile.

Dentro del marco histórico o temporal, *De la naturaleza...* describe la situación científica de Chile desde el siglo XVIII y engarza el desarrollo científico naturalista chileno en una historia anterior a la Independencia con España, evento que suele ser tomado como inaugural en el camino a la modernidad. Hay cauces anteriores, que Serra pormenoriza en su primer capítulo, trazados por las políticas borbónicas orientadas a un saber industrial, sobre todo minero, que se consagró como el primer esfuerzo de clasificación naturalista en Chile, y que de algún modo fue heredado por las colecciones siguientes. Entonces los objetos naturales eran recursos para la Corona, y la atención de los expertos hacia la naturaleza era más parecida a la de ciencia actual (muchas veces restringida a los intereses privados que dominan la alianza público-privada) que a la de los naturalistas del siglo XIX. Al menos para Gay, que siempre manifestó interés por el conocimiento mismo de la botánica y la zoología, más que en un conocimiento útil (el cual, según su postura, vendría por añadidura si se realizaba bien lo primero).

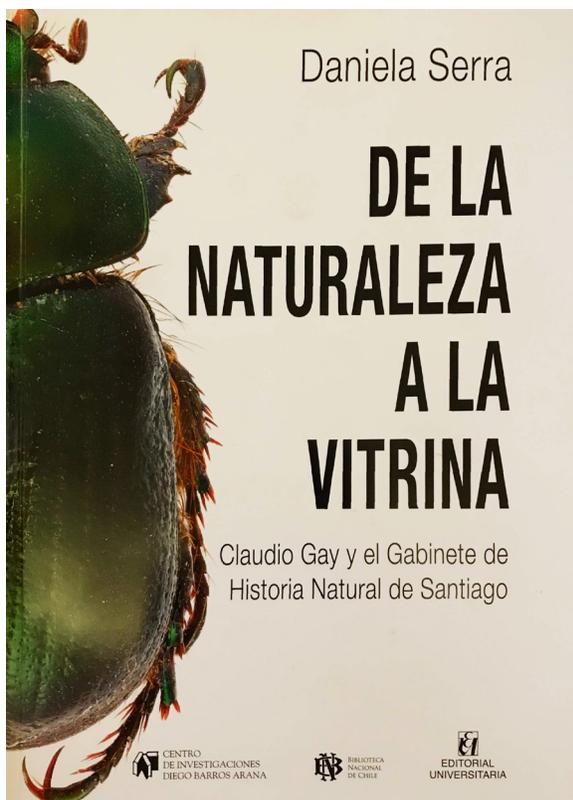


Imagen 1. Portada Libro *De la Naturaleza a la Vitrina. Claudio Gay y el Gabinete de Historia Natural de Santiago*, 2023.

¹ Texto de la presentación del libro, adaptado para la *Revista de Antropología Visual*.

² Antropólogo, Universidad de Chile. Máster 2 en Sociología y candidato a Doctor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París. Ha trabajado en investigaciones en Antropología Histórica (Sociedad Mapuche) e Historia de las Ciencias (Claudio Gay).

También es relevante el sistema de envío de muestras e informaciones descriptivas a España, comparable con el sistema de captación de especies naturales del Museo de Historia Natural de París, y de otras instituciones científicas europeas de los años siguientes.

Más que un nuevo camino, con la Independencia se instala la necesidad de desarrollar un proyecto científico más amplio, que abarque más disciplinas, y sobre todo un trabajo de terreno y de recolección más constante y a cargo de viajeros especialistas, y no de funcionarios o de exploradores anecdóticos. La tarea científica se vuelve un deber nacional. Fue con la llegada de Claudio Gay en 1829, y la firma del contrato de 1830, cuando se instala de manera duradera una práctica de clasificación naturalista, que va desde el terreno y la recolección hasta los procedimientos de conservación, de clasificación y de descripción escrita y gráfica de los seres vivos.

Recordemos que Claudio Gay vino a Chile en 1828 y se fue en 1842, con un interludio en Francia de dos años, y un viaje a Perú poco antes de su partida. En total estuvo más de 9 años en el país y se dedicó principalmente a recolectar y realizar borradores de textos y dibujos descriptivos provisorios, pero de muy buena calidad técnica, que sistematizaría una vez en Francia, con el apoyo de especialistas del Museo de Historia Natural de París.

Este elemento es realizado por la autora: la dimensión colectiva del trabajo científico, en sus distintos niveles, tanto en el terreno en Chile como en el análisis de gabinete en Francia, es decir, entre el comienzo y el final del proceso de objetivación científica.



Imagen 2. Salto de la Laja. Claudio Gay, *Atlas de la historia física y política de Chile*. Tomo I, Imprenta de E. Thunot y Ca., París, 1854, lám. Historia de Chile n° 13.

En terreno, Claudio Gay organizaba comitivas o equipos de exploración de 20 o más personas que podían durar muchos días. Eran grupos heterogéneos, donde el único especialista científico era Claudio Gay. Los otros eran cazadores, guías, traductores, campesinos, conocedores de los territorios, y se creaba una suerte de división del trabajo momentánea para capturar especímenes vegetales y animales en un marco de “camaradería” (p. 135). Cada uno de los miembros de estos

equipos cumplía un rol que permitía en periodos cortos, principalmente en primavera y verano, recolectar cientos de especímenes, “muchos de ellos nuevos para la ciencia”, como se solía decir, o como dice Daniela Serra, “para su incorporación al catálogo de lo conocido” (p. 76).

Estas situaciones locales son condiciones tan necesarias para la actividad científica como el trabajo con los pares, tanto en la etapa de gabinete, en la década de 1840, cuando tenía que consolidar el conocimiento científico recolectado, como con los pares en terreno, como fue el caso de Carlos Bertero, que vino de Argentina a Chile, y otros más que pudo frecuentar.

Quiero resaltar un documento notable en el libro y clave para comprender la relación entre los naturalistas y los “centros de saber”, como los Museos de Historia Natural. Se trata de los libros de instrucciones técnicas, impresos por el *Museum*, sobre cómo recolectar, conservar y despachar las muestras; impresionan por su alto nivel de detalles, que deja traslucir las dificultades de las prácticas naturalistas, y los cuidados que había que aplicar para llevarlas (cómo conservar un ave sin que el plumaje se manche con sangre, por ejemplo, p. 88). O también, cómo estos instructivos dirigían las búsquedas de los naturalistas, a quienes solicitaba traer o enviar las piezas faltantes al museo, lo que los volvía semejantes a unos cazarrecompensas. En la lista de animales más buscados, se encuentran “las alpacas, guanacos y vicuñas, (...) todos los peces de mar y de agua dulce, el maullín y la vizcacha de Molina, la chinchilla ‘en piel, esqueleto y espíritu de vino’, el pichiciego, (...) y entre las aves, las urracas, tangaras, colibríes y tucanes” (p. 80).

Estos ejemplos dan una imagen incompleta pero adecuada del Museo de Historia Natural de París, entonces la institución científica más importante del mundo, y a la cual este libro dedica numerosas páginas. Era una verdadera máquina centrípeta de traer ejemplares de la naturaleza gracias al trabajo de personajes como Claudio Gay, que recorrían distintos rincones del mundo. Podemos imaginar que cada uno de ellos creó equipos y se sirvió de los conocimientos de los habitantes de los territorios que exploraba, conocimientos que por cierto el saber científico iría a superar, o al menos ofrecer una versión superior, más confiable, depurada de los errores del vulgo. Pero, ¿qué es, en la idea del siglo XIX, aquello que volvería superior al saber científico naturalista respecto a los demás saberes?

Otro rasgo importante de las prácticas de recolección de Claudio Gay, y que este libro muestra muy bien, es que el descubrimiento de una planta o de un animal no

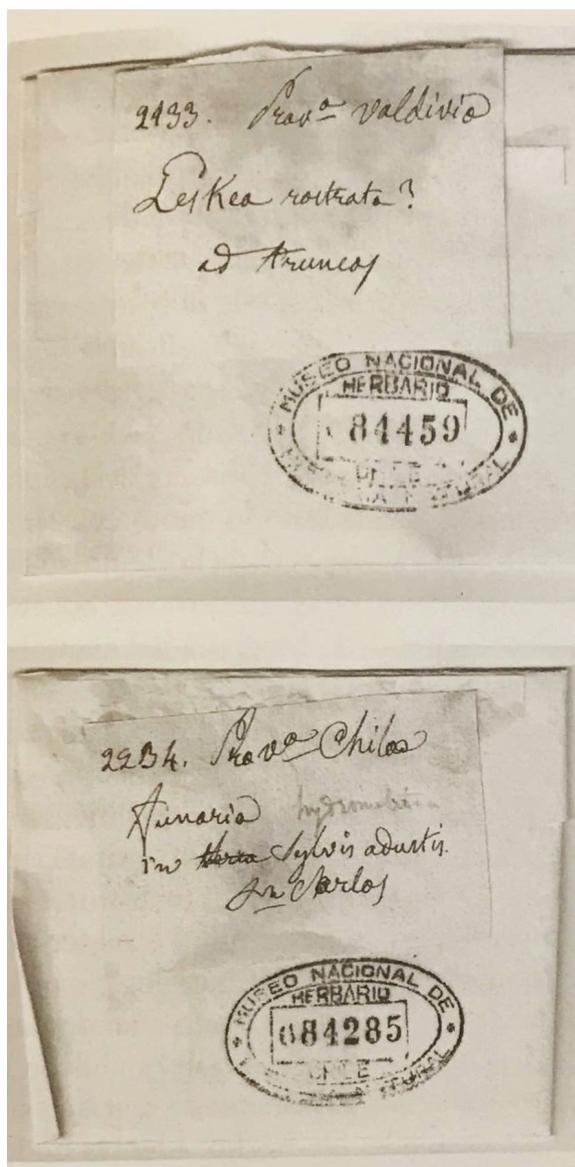


Imagen 3. Etiquetas manuscritas por Claudio Gay de ejemplar del herbario del Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile.

ocurre en el momento del encuentro con el naturalista (que no pasa de ser un intento de identificación), sino en la publicación de la especie descrita, y que entre el momento del encuentro y el de la publicación final pueden pasar 10 o 15 años (p. 158). Hay especies en los volúmenes de botánica publicados en los años 1850, cuyos ejemplares o especímenes son de viajes de los años 30. En todo caso, entretanto se hacían lecturas públicas de los informes con resultados científicos provisionarios, en la Academia de Ciencias de París³ o en el *Museum*, y que los informes de terreno de Gay eran publicados por periódicos chilenos durante su estadía acá. Son los primeros pasos hacia la consagración social de los objetos botánicos o zoológicos, cuya expresión más acabada es el libro de estructura y estilo enciclopédico, en este caso, los 18 tomos de la *Historia física de Chile*.

La ciencia se da el tiempo en determinar un objeto científico. Cuando uno lee un libro de ciencia aparece el saber, reunido, ordenado, hay definiciones estables, explicaciones, descripciones. El trabajo que hay detrás toma mucho tiempo e implica a mucha gente, desde el campesino que ayuda a buscar plantas hasta el grabador responsable de las imágenes científicas que se imprimen. Lo importante es que todo este trabajo busca hacer descripciones y clasificaciones, vale decir, usar el lenguaje de la historia natural (botánica y zoología) como corresponde, sin errores de confusión, de polisemia, de sinonimia. Las terminaciones de ese trabajo Gay las realizó en Francia, a su regreso en 1842. Esa eficacia del lenguaje científico sería la garantía de su duración, de su posteridad.

Saber poder, saber placer

Destacan tres temas, de carácter menos sociológico (el envoltorio social) y más epistemológico (el contenido científico), aunque ambos ámbitos sean inseparables en la realidad. Primero, pensar y leer sobre los naturalistas de este libro nos permite darle otra vuelta a la tan mencionada relación entre saber y poder, cuyo extremo se reduce a la formulación “saber es poder” (atribuida a Michel Foucault).

Es una frase que se presta para muchos equívocos, porque se entiende una relación de igualdad entre los términos, o de complicidad entre los científicos, los gobernantes y el capital, si se quiere tirar el hilo. Como si el saber fuera sinónimo de poder, o fuera el poder. Lo interesante, a mí parecer, es la relación entre “agentes” que producen conocimientos y otros agentes que los solicitan, financian, dirigen. El estado chileno facilita las condiciones de investigación, pero en ningún caso es el saber; es una condición de producción de saber. Al mismo tiempo, el saber producido por Claudio Gay, o por el minerólogo Francisco Rodríguez a fines del siglo XVIII, le abre posibilidades de poder al poder, sea este borbón o portaliano. Todos buscan poder saber, pero no necesariamente saber lo mismo.

El ejemplo más divertido es el de Gay, quien tuvo que dedicarse a investigar y escribir la *Historia política de Chile* para responder a la solicitud del gobierno chileno, que vio en él a la persona indicada por su condición de científico y extranjero, lo cual aseguraría la neutralidad de su relato. A Gay, desde luego, no le interesó e intentó desentenderse, sin éxito. Fue así como el poder chileno lo obligó a escribir sobre las luchas de su poder durante años, y a desviarse de su vocación naturalista. También es notoria una comunicación –más amistosa en este caso– entre saber y poder si uno lee los nombres de ciertas plantas en el texto científico: *Viola portaliana*, *Malva belloa*, son nombres del poder consagrados por la botánica.

Esos forcejeos o caricias entre saber y poder pueden ser pistas rumbo al contenido que hay que darle la relación entre los agentes y los medios del poder y los del saber, y entender cómo se condicionan y se determinan unos a otros, y así no caer en generalidades.

³ Allí se juntaría de manera formal el nombre de autor con el texto científico. Así lo explica la autora: “Los nombres asignados a las plantas debían ser invariables a un ejemplar representativo de la especie, denominado tipo, y eran otorgados por quien aportaba la primera descripción de la planta”, “sin importar quien fuese el recolector” (p. 158).

Esto nos lleva a otra pregunta: ¿dónde está alojado el conocimiento en los distintos momentos de la historia? Aquí notamos que, por lo menos en lo que concierne al saber científico en el Chile de fines de la colonia está alojado más en el mundo industrial de la mineralogía. En el caso de muchas expediciones científicas europeas el saber se alojaba en el poder militar, porque eran expediciones militares que llevaban a bordo a un científico *ad hoc* para poder hacer investigaciones complementarias y dependían del ministerio de la marina francesa (p. 76). Deleuze decía que había que respetar a la teología porque la filosofía –después de haberse alojado en el ágora y la sectas griegas, y antes de alojarse en las universidades modernas– se alojó en los monasterios y en Iglesia durante el medioevo.

También uno puede preguntarse dónde está hoy alojado el conocimiento científico o académico. ¿Tiene exclusivamente “residencia en la academia”? Cuando se produce conocimiento científico con el propósito de que sea patentado, ¿es conocimiento académico? Los investigadores se alojan en la academia, pero el saber que producen se almacena en el sistema de propiedad de los derechos de autor o de propiedad intelectual, y eso tiene valores en la bolsa. El Estado tiene áreas de estudio y aparatos de inteligencia que producen conocimientos atribuibles a la etnografía y a la sociología, pero también compra este tipo de conocimientos a las consultoras. ¿Es un conocimiento de dominio público? ¿Es un conocimiento más “neutro” u “objetivo” por provenir de una agencia externa? Señalo todo esto porque la penetración del mercado en el conocimiento, que se pueda comprar y vender saber es algo nuevo que complejiza mucho las cosas.

Lo segundo es que este libro cuestiona, sobre la base de evidencias históricas, la idea de la ciencia como un trabajo sin desvíos ni errores, como la manera más directa de llegar a la verdad y que muchas veces es presentada como una salvación para salir de la ignorancia, el provincianismo y las tinieblas. La ciencia, además, es la clave o el corazón racional del progreso, que como hemos visto tampoco avanza de manera automática como prometen sus voceros. Hay una ansiedad de los mandantes de Claudio Gay, que están apurados porque llegue rápido la civilización, que contrasta fuerte con los tiempos de trabajo naturalista, que es verdaderamente artesanal y requiere de gran minucia. En la voz de varios personajes de comienzos del siglo XIX se dice que hay que traer científicos europeos, como si el método nos fuera a sacar de la barbarie. Los mismos científicos dicen que la cuestión no es tan fácil, que ellos no son un “método andante” recorriendo territorios, sino que tienen dificultades, hay sequías, hay revoluciones, bandidos, estaciones y equipos de trabajo que a veces no funcionan. Esta constatación compromete a la inevitabilidad del progreso humano postulada en el siglo XIX y mantenida en la idea de desarrollo (socialista, individualista y variantes) durante el siglo XX.

El mismo Claudio Gay es muy hábil en botánica, pero muy malo al embalsamar

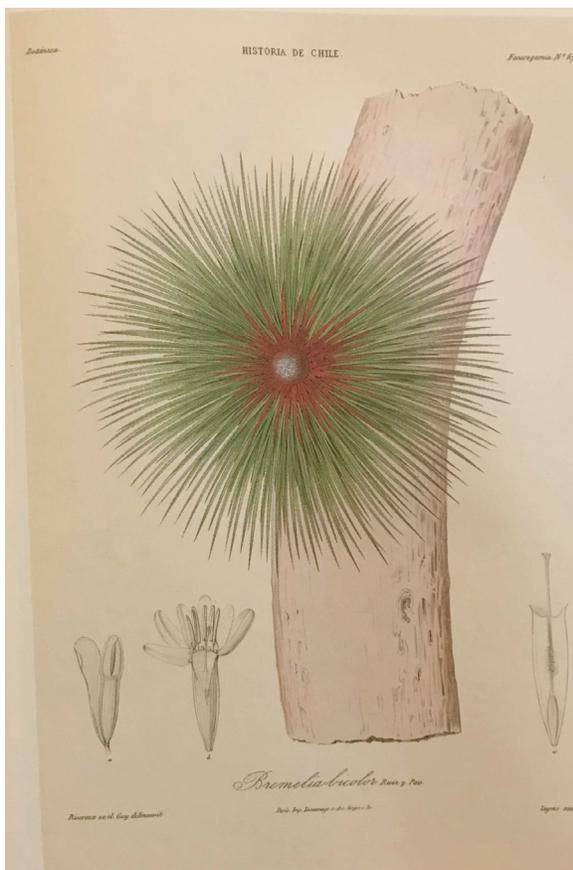


Imagen 4. Ilustración de *Fascicularia bicolor* (sin. *Bromelia bicolor*), Claudio Gay, Atlas de la historia física y política de Chile. Tomo I, Imprenta de E. Thunot y Ca., París, 1854, lám. Ferogamias, nº67.

animales grandes y se le estropearon muchas muestras. Lo cito del libro: “Con [Carlos] Bertero nos reíamos de esos buenos y crédulos parisinos que nos incitaron a recorrer esta república en zigzag”. Los consideraba “niños buenos”, es decir, ilusos, guiados por una idea de ciencia perfecta y automática. No porque busque certezas la ciencia es inmune a la incertidumbre, a la aventura.

Lo tercero y último es el fuerte contenido emocional que los naturalistas imprimen en su trabajo y en sus testimonios. Bastan unas citas de sus diarios de viaje rumbo a Chile, antes de desembarcar en Río de Janeiro:

“Solo un naturalista podría comprender mis sufrimientos y mi impaciencia (...) [por] conocer la vegetación de un país y extranjero” (p. 89).

En Montevideo (entusiasmo y triunfo):

“Así pasé tres horas y en ese lapso recogí quinientas especies” (p.91)

Tiempo después, en una carta a su famoso colega dedicado al estudio naturalista de Bolivia, Alcides D’Orbigny:

“Todavía recuerdo la maravillosa idea que me hice cuando salí de París para explorar este país, iba a vencerlo todo, devorar todo, incluso Chile con sus cordilleras” (p. 108).

Se podría hacer una antología de emociones naturalistas en el siglo XIX. Los abundantes testimonios de científicos extasiados siguen siendo algo curioso: tanta pasión por un objetivo tan frío, que señalamos, el trabajo científico de encontrar las palabras exactas para decir cuál es el objeto dentro de una estructura cuadrículada, la “Historia Natural”⁴. La eficacia consiste en lo siguiente: si tengo una margarita, bueno, tengo que saber bien que es una margarita y no una rosa, por poner un ejemplo, así de simple y tonto. Pero finalmente lo que los mueve el deseo de poder descubrir objetos y seres vivos, ponerles el nombre que corresponde, inscribirlos en los museos, en los libros y en espacios materiales y mentales que duran mucho tiempo y que de algún modo sobreviven, con la promesa de duración de un lenguaje tan bien hecho y consolidado.

Tenemos la paradoja de que si vamos a ver los nombres que puso Claudio Gay a sus plantas y animales, no queda ninguno; los nombres vulgares, que supuestamente iban a ser superados, quedan todos; a la loica le decían loica en el siglo XIX, en el siglo XVIII, y todavía le dicen así. En cambio, el nombre científico de la loica ha cambiado tantas veces que nadie se lo sabe. Entonces, ahí hay como una especie como de falsa ilusión de inmortalidad, pero que les cala muy hondo a sus personalidades.

Claudio Gay no puede dormir imaginando sus paseos por el bosque y los especímenes que lo van a consagrar a él como un científico importante. Y, sin embargo, esa consagración no llega por ahí, sino por su calidad testigo de un momento histórico de un país, es decir de su naturaleza y de sus pueblos, y no tanto como el que instaló verdades científicas que duraron para siempre.

Es más, de los resultados científicos que publicó, los que hoy tienen mayor valor, a mi parecer, son aquellos que indican lo que había y que ya no está (hay bosques y ríos que ya no están), y no tanto lo que perduraría eternamente (los nombres científicos). Un solo ejemplo, justamente recogido por Gay en su *Agricultura Chilena*: en el siglo XIX la gente andaba a las patadas con el congrio; hoy es el pescado más caro de Chile y se mantiene al borde de la extinción.

⁴ En *Las palabras y las cosas* (1966), Michel Foucault dice que la Historia natural es el esfuerzo de las clasificaciones la botánica y la zoología por llegar a “nombrar lo visible” (p.144) y desplegar “la representación de un mundo evidente y universal (...) La historia natural es una ciencia, es decir una lengua, pero fundada y bien hecha” (p. 148). Estas citas provienen del capítulo “Classer [Clasificar]”, de la edición de Gallimard.